

La fase expansiva del antifranquismo, 1962-1976. Presencia, espacios y redes del PSUC en comarcas

*The expansive fase of the Anti-Francoism, 1962-1976
Presence, spaces and networks of the PSUC in the countryside*

Cristian Ferrer González
Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen

Desde mediados de los años sesenta, el PSUC se vio en condiciones de impulsar y liderar un amplio movimiento para acabar con la dictadura, no sólo en el área industrial de la Gran Barcelona, sino también más allá. Su voluntad por galvanizar las movilizaciones de protesta en los ámbitos comarcales —que gracias a la actuación de los movimientos sociales, en gran medida impulsados por comunistas, encontraban cada vez más espacios para expresar su desafección— le llevó a realizar un esfuerzo considerable para extender su influencia mucho más allá de donde ya era hegemónico. Actuaciones hacia el campesinado, obreros de pequeñas industrias o de la construcción, que habían sido mera retórica hasta entonces, comenzaron a centrar los debates y las actuaciones del PSUC en comarcas.

Palabras clave: Antifranquismo, movimiento campesino, movimiento obrero, comunismo, movilización popular.

Abstract

Since the mid sixties the Unified Socialist Party of Catalonia (PSUC, after its Catalan initials) was able to promote and lead a broad movement to end the dictatorship, not only in the industrial area of the Great Barcelona, but also beyond. Their willingness to galvanize the protest movements in rural areas —where, due to the action of the social movements, to a large extent impelled by Communists, they found more and more spaces to express their disaffection— led them to make a considerable effort to extend their influence far beyond from where they were already hegemonic. Work towards the peasantry, workers in small industries or construction workers, which had been mere rhetoric until then, began to focus the debates and actions of the PSUC in the countryside.

Keywords: Anti-Francoism, peasant movement, labour movement, communism, popular mobilization.

Consideraciones previas

Hasta hace algunos años, la mayoría de investigaciones sobre el antifranquismo se reducía al estudio de formaciones políticas diversas durante los años de la dictadura. Solían centrarse en cuestiones en torno a su organización, a los debates internos y a las concepciones ideológicas que sostenían, pero, en su mayoría, carecían de un análisis que enmarcase estas cuestiones en relación a su programa y su acción para llevarlos a cabo que, necesariamente, debía ejecutarse *en contra* de la dictadura. Era una historia «política» del antifranquismo en la peor acepción del término —si es que acaso puede hacerse política prescindiendo del marco sobre el que se desarrolla—. En cualquier caso, eran historias más preocupadas en mirar hacia dentro de las organizaciones que hacia el entorno sobre el que debían actuar. Guarda relación con ello, sin duda, la visión propagada entonces sobre el final de la dictadura y la transición a la democracia. Una visión que, en lo sustancial, asumía que la democracia en España había sido una obra de «ingeniería política» cuyos protagonistas eran unos pocos personajes del *establishment* franquista —a menudo conceptualizados como reformistas dentro del régimen— que, eso sí, *motu proprio* habrían buscado el concurso de la oposición democrática moderada para generar un nuevo marco de convivencia.

Los movimientos sociales eran elementos accesorios en esos estudios, si es que alguna vez aparecían. Las investigaciones sobre el movimiento obrero, estudiantil o vecinal, por citar solo los movimientos más relevantes, eran asumidos como sectoriales y con escasa relación con la evolución del régimen. Contrariamente, en los últimos lustros la historiografía sobre la época franquista ha puesto de relieve el peso que los movimientos de oposición tuvieron en

el final de la dictadura. No es una tesis nueva. Son numerosos los estudios que desde finales de los años ochenta y a lo largo de los noventa del pasado siglo apuntaban a la democracia como producto de las luchas desde abajo^[1]. Ha sido durante los últimos años, sin embargo, cuando esta visión ha adquirido un notable desarrollo a través de las investigaciones tanto de los organismos de la dictadura como del papel que las fuerzas antifranquistas tuvieron como agentes del cambio político^[2]. A día de hoy puede afirmarse que solamente la publicística —y no la historiografía— concibe la democracia como el producto exclusivo de un pacto entre élites, cuya clarividencia habría posibilitado la construcción de un régimen de convivencia que dejara atrás las divisiones de la Guerra Civil.

Contrariamente, las investigaciones más solventes sobre el proceso que culminó en la apertura de un curso democrático en España ponen el acento en la naturaleza conflictiva de dicho proceso. Habría sido la relación antagónica entre dos proyectos antitéticos —ciertamente no los únicos en

1.— Por citar solo lo más relevantes, cfr. Sebastian Balfour, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, València, Alfons el Magnànim, 1994 [1ª ed. en inglés de 1988]; José Babiano, *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Siglo XXI, 1995; Carme Molinero y Pere Ysàs, *Trabajadores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

2.— Pere Ysàs, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004; Nicolás Sartorius y Alberto Sabio, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España (Noviembre de 1975 - Junio de 1977)*, Madrid, Temas de Hoy, 2007; Carme Molinero y Pere Ysàs, *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, 2008; Xavier Domènech, *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, Catarata, 2008; Salvador Cruz y Julio Ponce (coords.), *El mundo del trabajo en la conquista de las libertades*, Jaén, Universidad de Jaén, 2011.



Votación durante la asamblea multitudinaria de la huelga de la construcción. Sabadell, febrero de 1976 (Foto: Manuel Armengol, fuente: flickr).

disputa— lo que marcó la agenda política en los años setenta. Por un lado, el reformismo franquista, que aspiraba a superar la crisis en que se hallaba la dictadura durante sus últimos años mediante la ampliación de las bases sociales del régimen *dentro* de las Leyes Fundamentales del Movimiento; y, por el otro, la oposición antifranquista, que si bien fracasaría en su pretensión de imponer la ruptura tal como la había formulado, sí logró, al menos, abortar los planes del reformismo franquista y hacer inviable cualquier otra alternativa que no fuese la apertura de un proceso democratizador. En cualquier caso, aquel proceso impulsado desde abajo estableció las condiciones para la democratización del país en 1977, que debió de haberse profundizado en los años siguientes.

Desde esta perspectiva, contamos con valiosas investigaciones que han ampliado nuestro conocimiento sobre los movimientos, diversos y multiformes, que contribuyeron a ir laminando las bases de la dictadura y que coadyuvaron, de ese modo, a poner fin al franquismo. Entre ellos, los

que más atención merecieron a lo largo de las décadas del ochenta, noventa y primeros años del nuevo milenio han sido los estudios en torno al movimiento obrero, sin duda la punta de lanza del antifranquismo. En los últimos años, sin embargo, hemos asistido a una basculación del interés historiográfico hacia otros movimientos que también alcanzaron una gran envergadura: el estudiantil y el vecinal. Algunos historiadores han visto el incremento de estudios en torno a los movimientos estudiantiles y vecinales como producto de la imposibilidad, por parte de los jóvenes investigadores, de establecer un vínculo afectivo entre su experiencia vital y su objeto de estudio, debido al largo proceso de desmantelamiento del tejido industrial-fabril acaecido en nuestro país desde los años ochenta^[3].

Durante los últimos años de la dictadura, todos estos movimientos tuvieron su máximo desarrollo en los principales centros

3.— Esta reflexión la planteó Xavier Domènech en el dossier coordinado por él sobre el movimiento vecinal. Cfr. Introducción. El movimiento vecinal y la historia social de la Transición», *Historia del Presente*, 16 (2011), pp. 5-8.

industriales del país, lo que ha trasladado una imagen que, siendo en lo fundamental cierta, no expresa toda la verdad: que el antifranquismo fue esencialmente un movimiento urbano. Si bien resulta innegable —y no es el propósito de este artículo ponerlo en discusión— que fue la intensa movilización social acometida por inmensas minorías de antifranquistas la que puso en jaque a la dictadura y forzó el cambio político, también es cierto que dicha movilización no se redujo a esos espacios ni a aquellos movimientos. Dicho de otro modo, que el antifranquismo —o, si se quiere, la contestación antifranquista— no fue un movimiento reducido a las grandes ciudades, sino que su impacto en términos sociales, culturales y finalmente políticos se extendió como una mancha de aceite por todo el territorio. Al menos, así lo fue de una manera especialmente intensa en Catalunya^[4].

En este sentido resulta interesante traer a colación el caso del Partit Socialista Unificat de Catalunya. Pero no desde una perspectiva analítica interna, sino como una forma de acercarnos a la sociedad antifranquista en Catalunya. No es para menos. Los

postulados del PSUC se convirtieron en los hegemónicos entre la oposición democrática y la de los comunistas catalanes fue la única organización en disposición de garantizar su presencia allende el territorio catalán, por lo que deviene un prisma privilegiado desde el que observar la evolución del antifranquismo en la Gran Barcelona, pero también más allá de ella.

Nacido en julio de 1936, el PSUC era el producto de la fusión de cuatro partidos marxistas que, tras la derrota republicana, ingresaría como sección catalana de la Internacional Comunista. Como organización de los comunistas catalanes, el PSUC era formalmente un partido independiente pero hermanado con el PCE. No eran, en palabras de Gregorio López Raimundo, dos gajos de una misma naranja, sino dos naranjas totalmente diferentes, pero completamente iguales.

Los motivos por los cuales llegó a convertirse en «el partido del antifranquismo», como han explicado sobradamente Molinero e Ysàs, pueden sintetizarse en los dos ejes que marcaron su política^[5]. Por un lado, el *modus operandi* de los comunistas de ejercer la oposición política a la dictadura mediante la movilización social convirtió al PSUC en la organización más operativa del antifranquismo^[6]. Ello se combinaba con una amplia política de alianzas que perseguía aislar a los sectores dirigentes del franquismo del grueso de la población^[7]. Estos serán los ejes sobre los que versará nuestro análisis sobre el antifranquismo más allá de

4.- De entre las investigaciones que han abordado la conflictividad más allá de los principales centros industriales, pueden destacarse obras de referencia como el de M. Teresa Ortega, *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza. Granada, 1936-1977*, Granada, UGR, 2003; Antonio Herrera, *La construcción de la democracia en el campo (1975-1988). El sindicalismo agrario socialista en la Transición española*, Madrid, MAGRAMA, 2007; Óscar J. Martín, *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*, Madrid, Catarata, 2008; Claudio Hernández Burgos, *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, UGR, 2013; Ana Cabana, *La derrota de lo épico*, València, PUV, 2013; Canela Fuentes y Francisco Cobo Romero, *La tierra para quien la trabaja. Los comunistas, la sociedad rural andaluza y la conquista de la democracia (1956-1983)*, Granada, UGR, 2017. También hay buenos ejemplos en la obra colectiva dirigida por Daniel Lanero (ed.), *Por surcos y calles. Movilización social e identidades en Galicia y el País Vasco (1968-1980)*, Madrid, Catarata, 2013.

5.- Carme Molinero y Pere Ysàs, *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*, Barcelona, L'Avenç, 2010.

6.- Para mayor detalle sobre la cuestión, cfr. Carme Molinero, «Una gran apuesta: la oposición política mediante la movilización social», en Manuel Bueno y Sergio Gálvez (eds.), *«Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social*, Sevilla, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2009.

7.- Giaime Pala, *El PSUC. L'antifranquisme i la política d'aliances (1956-1977)*, Barcelona, Base, 2011.

la Gran Barcelona a través de la mirada de sus indiscutibles protagonistas, los propios militantes comunistas.

El inicio del despliegue

Tras las oleadas huelguísticas de 1962 pudieron verse algunas fortalezas de la organización y también sus debilidades. El escaso eco que las huelgas de 1962 y de 1963 encontraron fuera del área industrial barcelonesa apuntaba a problemas de fondo por resolver. Con las vistas puestas en la dinamización de la organización en las comarcas, y con las bases del movimiento obrero establecidas y en vías a ampliarse y extenderse en la Gran Barcelona, la dirección creyó que existían las condiciones para reconstruir el movimiento campesino, brutalmente desarticulado en la posguerra. Su reconstrucción resultaba fundamental para tejer una inmensa red de comités de ámbito nacional que organizara el descontento con la dictadura en todo el territorio catalán. El campesino era considerado un frente de trabajo central para el PSUC, al menos por dos motivos. Por un lado, debía permitir potenciar un movimiento social que, de conseguirlo y llegar a dirigirlo, repercutiría en el fortalecimiento orgánico del partido —tal como estaba ocurriendo con el movimiento obrero— y contribuiría a llegar donde apenas quedaban reducidos comunistas faltos de vida política. Por otro lado, con el impulso de un nuevo movimiento campesino se contribuiría a tejer un amplio territorio, el de las comarcas, y extender la organización.

En la política comunista los campesinos eran el aliado fundamental del proletariado industrial, por lo que un movimiento democrático, como lo era el comunista, con pretensión de ser nacional, debía incorporar sus demandas necesariamente. Asimismo, la alianza obrero-campesina tenía

elementos estratégicos para el PSUC. Según su lectura del franquismo, la dictadura descansaba en los intereses compartidos de los grupos más reaccionarios de la clase dirigente y de los sectores monopolistas y agrarios de reminiscencias feudales. La lucha contra el fascismo era, pues, la pugna por eliminar las bases sociales y materiales sobre las que el régimen descansaba a través de una alianza de raíz antimonopolista. Era una formulación con regusto italiano que tanto el PCE como el PSUC se apropiaban de la política de alianzas elaborada por el dirigente de la IC Palmiro Togliatti en 1935^[8].

En un informe de 1964 para el comité central, Josep Pardell, el responsable del partido en las comarcas, describía la situación en el campo catalán como catastrófica en términos sociales, económicos y también político-organizativos. Aun así, enumeraba una serie de conflictos agrarios que podían romper el equilibrio de fuerzas en la Catalunya rural. De entre ellos, fue la acción de los campesinos de Lleida lo que hizo saltar las alarmas de la dirección: después de una concentración delante de la Hermandad Sindical local, la junta directiva verticalista había dimitido^[9]. El caso leridano mostraba el potencial del campo si se le orientaba convenientemente.

Fue precisamente en Lleida donde el tándem formado por Pardell y el secretario

8.— Palmiro Togliatti, *Lecciones sobre el fascismo*, México D.F., Ed. Cultura Popular, 1977, pp. 110-126. El caso de la IC y del comunismo italiano en Donald Sassoon, *Togliatti e il partito di massa. Il Pci dal 1944 al 1964*, Roma, Castelveccchi, 2014, pp. 57-61. Para el caso del PCE, cfr. Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 65-68. Una panorámica más amplia en José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España*, Barcelona, Pasado & Presente, 2015, pp. 33-46.

9.— Josep Pardell, «Carta de Sitges», 19 de noviembre de 1964, Nacionalidades y Regiones (NR), Catalunya, j. 1354, Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE).

de organización Josep Serradell comenzó a reorganizar el partido en las comarcas. Marcados por la necesidad de formar y extender cuadros políticos, Pardell cooptó a Vicenç Ximenis, un antiguo militante del Partido Obrero de Unificación Marxista. A caballo de los años cuarenta y cincuenta, Ximenis había organizado en las comarcas de Lleida el Moviment Socialista de Catalunya, la rama del POUM que había virado hacia el socialismo en la posguerra mundial. La elección de Ximenis, que adoptó el nombre de guerra de «Salvador», y su promoción a lugares de responsabilidad parece estaba vinculada a su experiencia organizativa con el POUM y el MSC y los contactos campesinos que éste tenía en Bellvís^[10].

Paralelamente, desde Tarragona, el invicto Leandro Saún y su mujer, Carme Casas, reorganizaron el partido en las regiones jornaleras del sur de Catalunya^[11]. Ximenis y Pardell se dedicaron a establecer contactos con campesinos vinculados al mundo católico, socialista y catalanista por toda Catalunya. La triangulación de los dos epicentros donde empezaban a cosechar resultados, la zona baja del río Ebro y el valle del Segrià, les llevó a establecer como lugar de encuentro las comarcas de Tarragona. Su objetivo era potenciar un nuevo instrumento de carácter sociopolítico para el campo que les permitiera canalizar el descontento y que, a su vez, facilitara que el PSUC ganara prestigio entre las gentes del campo. Ese fue el origen de las Comissions Pageses (CCPP)^[12]. Estas, en realidad, no se fundarían como tal hasta 1968, pero la toma de contacto para articular el descon-

tento existente en el campo catalán se había iniciado ya durante los años 1964-1965. Fue durante el período de cuatro años de formación de CCPP, de 1964 a 1968, cuando el PSUC consiguió estructurarse por toda Catalunya. En ese proceso no se trataba solamente de crear células comunistas, sino, fundamentalmente de canalizar el descontento y las inquietudes de las gentes en los pueblos para potenciar el antifranquismo como movimiento social.

Las elecciones a las Hermandades Sindicales de 1966 fueron, en este sentido, un momento que permitió establecer unas primeras bases sobre las que se desarrollarían hasta el final de la década las CCPP. Las candidaturas democráticas ligadas al naciente movimiento campesino renovado lograron victorias en poblaciones campesinas tan relevantes como Amposta o Sant Carles de la Ràpita, en la zona baja del río Ebro; también en Lleida y Balaguer triunfaron candidaturas de la oposición. El PSUC impulsó candidaturas amplias en donde los comunistas no eran los únicos presentes, ni siquiera los más relevantes. En la Hermandad leridana, sin duda la más importante de Catalunya por la cantidad de recursos que manejaba, solamente dos comunistas formaron parte de la nueva directiva, mientras que fue mediante un hombre del Front Nacional de Catalunya a través del que se intentó ampliar el espectro ideológico del movimiento^[13].

Redes de extensión de la protesta

Ni el antifranquismo en general ni el PSUC en particular fueron ajenos a los intensos cambios que estaba experimentando la sociedad catalana en los años sesenta. Una de las facetas de dichos cambios tenía

10.- Vicenç Ximenis, *Demòcrata i socialista. Memòries de setanta anys de lluita política apassionada*, Lleida, Pagès, 1998, p. 137.

11.- Entrevista a Carme Casas Godessar, Colección de Biografías Obreras (CBO), Arxiu Històric de la Comissió Obrera Nacional de Catalunya (AHCONC).

12.- Vicenç Ximenis, *Demòcrata i socialista*, pp. 138-139.

13.- Josep Pardell, «Carta d'en Sitges», 24 de septiembre de 1966, NR, Catalunya, j. 1489, AHPCE.

que ver con la gran movilidad poblacional que se estaba dando en Catalunya. El principal destino de los recién llegados desde el sur peninsular fueron las ciudades del cinturón industrial barcelonés, una provincia que en aquellos años vio doblar su población, lo cual produjo graves problemas de acceso a la vivienda, masificación y desarrollo de áreas suburbanas desgajadas de los centros urbanos. Aunque no solamente ahí. Otras ciudades de menor entidad como Reus, Tarragona, Girona, Olot, Ripoll o Lleida experimentaron equivalentes procesos migratorios y problemáticas análogas a las que se dieron en la Gran Barcelona y, como aquellas, verían también desarrollarse fuertes movimientos vecinales durante los años siguientes^[14].

Otro reflejo de los cambios sociales que se estaban produciendo tenía que ver con el acceso a los estudios superiores de sectores que, por primera vez, iban más allá de las clases dirigentes. La revolución científico-técnica vino a alterar la naturaleza de la universidad, debido a la creciente demanda de profesionales bien formados. La educación superior pasó de ser un espacio endogámico de unas pocas élites, a convertirse en un elemento que permitía el ascenso social para muchas gentes. Así, algunos hijos de empleados, trabajadores de cuello blanco o de payeses empezaron a obtener estudios universitarios. Para muchos de ellos la universidad fue una etapa de toma de conciencia política y de adquisición de compromisos en el antifranquismo^[15].

14.- Ivan Bordetas, «De la supervivencia a la resistència: la gestació del moviment veïnal a la Catalunya franquista», en Carme Molinero y Pere Ysàs (coords.), *Construint la ciutat democràtica. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 35-112.

15.- Numerosas entrevistas que he realizado a lo largo de mi investigación u otras depositadas en diversos archivos corroboran dicho itinerario: Josep M^a. Vericat Estellé (MSC), 26/7/2012; Eloi Toldà Andreu (JCC), 17/6/2013; Matías Vives March (PSUC), 10/2/2017. Entrevista a Julio

A través de estos estudiantes politizados se produjo la traslación del compromiso antifranquista desde los epicentros de la conflictividad hacia zonas hasta entonces escasamente movilizadas. Así pues, ese «poner en pie una gran red de comités del Partido», como había pedido Josep «Román» Serradell en 1965, no solamente atañía a la constitución de células comunistas sino, especialmente, a establecer contactos personales con todo aquel susceptible de ampliar el antifranquismo a través de su presencia en los movimientos de amplio espectro. Y es que era «un deber de todo militante comunista de Barcelona y [de cualquier] otra gran ciudad, que por razones familiares o de relaciones de amistad, tienen contactos o conocimientos con otros lugares de Catalunya»^[16], el esforzarse por organizar en sus poblaciones de origen a los que vivían allí.

Quien se encargaría de coordinar dicha labor sería el responsable del PSUC para las comarcas, Josep Pardell. Él fue precisamente quien se encargó de reorganizar una serie de comités locales con gente nueva entre 1964 y 1966; en su mayoría eran jóvenes, pero también cooptó a veteranos, tanto de dentro como de fuera del partido. Tal es el caso mencionado de Ximenis en Lleida o del reenganchado Leandro Saún en Tarragona, quien cumplía condena por haber estado reorganizando el PCE en Aragón^[17]. De hecho, a partir de 1968 la presencia de «Román» por las comarcas fue a menos. Desde

Noguera (PSUC), 10/12/2005, Fondo Memorial Democràtic de Tortosa, Arxiu Comarcal de Terres de l'Ebre (ACTE).

16.- Josep Román (Josep Serradell), «Informe de R. sobre organització», II Congreso del PSUC, agosto de 1965, p. 13, NR, Catalunya, c. 50, cp. 1/2, AHPCE. Todas las citas del texto han sido traducidas al castellano.

17.- Sobre la labor desarrollada por él y su mujer Carme Casas durante los primeros años de franquismo en Aragón, cfr. Irene Abad e Iván Heredia, *Leandro Saún y Carmen Casas. Organización política clandestina en la Zaragoza de los años 40*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2008.



Primer congreso de la Unió de Pagesos. L'Espluga de Francolí (Tarragona), 28 de noviembre de 1976 (Foto: Manuel Armengol, fuente: flickr).

entonces centró su cometido de organización en la Gran Barcelona junto al egarense Manuel Linares, «Alberto», a bordo de su Citroën Dyane 6 de color blanco, ya que Serradell carecía de vehículo propio^[18]. La organización en comarcas, por su parte, quedó bajo responsabilidad exclusiva de Pardell. Esta distinción de funciones entre los «secretarios de organización» se vio reflejada a nivel orgánico, cuando Sabadell y Terrassa quedaron exentas de la responsabilidad sobre las organizaciones vecinas y pasaron a tener una vida orgánica propia, fuera del comité de comarcas que dirigía Pardell^[19].

A partir de esas fechas, el desequilibrio territorial en número de militantes del partido que había caracterizado las décadas de los cincuenta y sesenta empezó a equi-

librarse. En 1968 el PSUC contaba ya con presencia estable en todos los rincones de Catalunya. El ritmo al que creció la organización al calor, fundamentalmente, del movimiento obrero hizo que en poblaciones industriales como Tarragona el número de militantes se doblase en pocos años, al tiempo que se expandían CCOO por diversas empresas. Ese año se formó la Comisión Obrera Provincial, formada por representantes de las CCOO locales de Tarragona, Reus y Tortosa. Por otro lado, las bases para la creación de una Comisión Cívica —el espacio de actuación de los profesionales e intelectuales— estaban ya puestos. En el ámbito del movimiento juvenil de base obrera se había formado un núcleo de la Juventud Comunista y se estaba empezando a insuflar vida a las Comisiones Obreras Juveniles en Reus y en las barriadas tarraco-

18.- Pere Meroño, «Román», *l'home que va organitzar el PSUC*, Barcelona, F. Pere Ardiaca, 2005, p. 98.

19.- Josep Pardell, «Carta de Sitges», 5 de julio de 1968, NR, Catalunya, c. 58, cp. 3, AHPCE.

nenses de Torreforta y Bonavista^[20].

Si bien en Reus la situación no empezaría a despegar hasta la llegada de la militante del PCE Isabel Llàcer en 1969 para dirigir el comité local, en el sur, en la zona del Baix Ebre y del Montsià, el partido crecía y se estructuraba en diversas poblaciones al tiempo que CCOO y CCPP (a menudo Comisiones Mixtas de obreros y campesinos) conseguían sustanciosos incrementos salariales, tanto para los trabajadores industriales como para los jornaleros agrícolas. Dos eran sus epicentros fundamentales: Tortosa, donde comenzaba a irrumpir un movimiento de protesta de base obrera, pero donde el partido estaba dirigido por un núcleo de intelectuales con escasa capacidad para incidir en él; y Amposta, donde el movimiento campesino era el predominante y la base del partido era más homogénea^[21].

En Súria, Sallent y, en general, en la zona del Bages, los progresos eran lentos pero sostenidos. Su base la constituían fundamentalmente mineros de la zona, un sector que no había dejado de mostrar resistencia al franquismo mediante trabajo lento, absentismo y demandas salariales. El textil, fundamental en aquella región, a pesar de la decadencia en la que se hallaba sumido desde hacía tiempo, no era un sector en que el PSUC hubiera conseguido penetrar todavía. Diferente era la situación en la ciudad de Manresa, donde se había conformado un comité local y la implantación de dos CCOO en empresas punteras dejaba espacio para el optimismo. Aunque se debatió en torno a la formación de una coordinadora comarcal, la situación era todavía complicada y la direc-

ción del partido no lo consideró oportuno^[22].

El balance organizativo a inicios de 1969 podía considerarse francamente positivo. Sin embargo, el estado de excepción promulgado en toda España el 24 de enero incidió de lleno en la disponibilidad social para la movilización y, asimismo, condicionó el crecimiento del PSUC, tanto en las comarcas como en la Gran Barcelona. En Tortosa cayó toda la cúpula dirigente del partido^[23]. Incluso el responsable local Fernando Torres, alias «Solans», que había permanecido oculto desde la promulgación del estado de excepción, fue detenido a finales de febrero. Pese a ello, durante los meses que estuvo vigente, el PSUC de Tortosa no dejó de incorporar nuevos militantes e incluso vería la luz el primer boletín del comité local, que llevaba como cabecera el elocuente término *Llibertat*. En Tarragona los trabajadores del ramo químico consiguieron, en el primer semestre del año, romper los techos salariales impuestos para los convenios colectivos^[24].

Estos hechos nos indican la existencia de una organización estable en las comarcas y con capacidad para resistir la represión, como mínimo tanto como el PSUC de la Gran Barcelona. Las movilizaciones del Primero de Mayo de 1969 tomaron una nítida dimensión anti-represiva. A su vez, y sin ser contradictorio con lo expuesto, la descarnada represión también desmovilizó a potenciales nuevos activistas u otros que ya se habían movilizado con anterioridad. Especialmente dramático fue su efecto sobre el movimiento campesino. Y es que el miedo seguía paralizando. En la barriada

20.- Cristian Ferrer González, «Bastint l'antifranquisme de masses. La JCC més enllà de la Gran Barcelona, 1962-1976», *Franquisme & Transició*, 4 (2016), pp. 153-199.

21.- Cristian Ferrer González, «Popular empowerment, peasant struggles and political change: Southern Catalonia under late francoism (1968-1976)», *Workers of the World*, 5 (2014), pp. 39-57.

22.- Josep Pardell, «Carta de Sitges», 5 de julio de 1968, NR, Catalunya, c. 58, cp. 3, AHPCE.

23.- Cristian Ferrer González, *Lluitadors quotidians. L'antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972-1979)*, Lleida, Edicions i Publicacions de la Universitat de Lleida, 2014, p. 55.

24.- Josep Serradell, «Carta de Miró», 3 de julio de 1969, NR, Catalunya, c. 58, cp. 5, AHPCE.

tarraconense de Campclar no fueron más de cuarenta los reunidos con motivo del día del trabajo y la manifestación vespertina en el centro de la ciudad sirvió solo para recordar la omnipresencia de la represión, cuando cinco activistas de CCOO, a la sazón militantes del PSUC, fueron detenidos por la policía.

La «Operación Girona» como muestra de un desarrollo desigual

Bastante distinta y desigual entre sí era la evolución de la oposición en el norte de Catalunya, de la que todavía no hemos hablado. En la zona baja del río Tordera el PSUC creció de manera acelerada y, con él, el movimiento antifranquista. Desde finales de los sesenta, los comunistas lograron conectar con las inquietudes de la juventud local a través de clubes legales que ya existían anteriormente. De forma paralela a las actividades cotidianas del club empezaron a discutir de cultura, de urbanismo y de problemáticas cívicas y políticas que afectaban directamente a la juventud. El grupo juvenil se fue ampliando, como también lo hacían sus actividades. De ese modo fueron consiguiendo tener presencia por primera vez en algunas fábricas textiles de la población, desde las que empezaron a conformarse unas incipientes CCOO a inicios de 1969^[25]. A principios de la nueva década la organización tenía más de una treintena de militantes, una presencia estable en fábricas y dominaban por completo el asociacionismo juvenil.

En Girona, no obstante, la situación era menos esperanzadora. Allí «el partido se está diluyendo», pues de los ochenta militantes con que contaba a finales de los sesenta, solo había una decena en activo en

el cambio de década^[26]. El motivo de fondo era la falta de actividad real y de incidencia en los movimientos sociales. Desde que la oleada de 1962 sacudiera con fuerza algunas empresas gerundenses, la represión sobre los huelguistas había erradicado exitosamente los gérmenes sobre los que desarrollar un movimiento obrero que potenciara el antifranquismo. Si bien en 1968 se constituyó una Comisión Obrera local que contaba con presencia en unas pocas industrias —construcción, metal, papel, banca y telefónica—, su actuación fue más de agitación y propaganda que de activismo de masas en las fábricas^[27]. Entrados en la nueva década, el PSUC en Girona se vería en competencia con nuevas organizaciones, en especial la Organización Comunista de España (Bandera Roja), que tuvo un gran desarrollo y se mostró dispuesta a ocupar el puesto que el PSUC estaba dejando vacante.

Mientras en la capital del Gironès la situación era de atonía, en la comarca de la Selva la tesitura era bien distinta. En Blanes, los trabajadores de la industria textil SAFA habían empezado a reunirse y a disminuir el ritmo de su trabajo. El partido tenía una sólida presencia en la empresa y confiaba en conseguir mejoras sustanciales para los trabajadores^[28]. Las CCOO de Blanes se reunieron y enviaron más de tres mil pesetas en solidaridad con las huelgas que se estaban llevando a cabo en Asturias. Ciertamente, el panorama en las comarcas de Girona en su conjunto no podía compararse con el de Tarragona, Lleida o las comarcas del Ebro. A pesar de ello, el PSUC crecía en poblaciones tan alejadas de la metrópolis como Sant Joan de les Abadesses o

25.- «Informe de Tordera», 1969, NR, Catalunya, c. 63, cp. 18, AHPCE.

26.- Josep Serradell, «Carta de Miró», 24 de enero de 1970, NR, Catalunya, c. 59, cp. 3, AHPCE.

27.- Josep Clara, *Girona sota el franquisme, 1939-1976*, Girona, Ajuntament de Girona, 1991, p. 83.

28.- «Información comarcal», *Adelante. Portavoz de las CCOO de Blanes y Comarca*, n. 2, enero de 1970.

Sant Quirze de Besora. Y en cuanto a las comarcas centrales, las perspectivas también eran buenas después de los paros parciales de medio millar de obreros en Manlleu^[29].

Para intentar superar la crisis gerundense se impulsaron reuniones conjuntas con la HOAC a fin de coordinar acciones relacionadas con la amnistía. Se creó una intercomarcal, la Selva-Girona de Comisiones Cívicas, que reunió en poco tiempo unas seiscientas firmas de intelectuales gerundenses a favor de la amnistía^[30]. A pesar de ello, la situación no mejoraba. Cuando estalló el conflicto en SAFA en septiembre de 1970 el PSUC de Girona ni siquiera reunió fondos de resistencia para los trabajadores de Blanes. La de SAFA fue una huelga dirigida por los comunistas a través de CCOO. La primera célula de empresa databa de 1962, pero hasta 1967 no se consiguió establecer contactos con la plantilla de manera regular. En el fondo del conflicto de 1970 estaba la negociación de los convenios colectivos de 1969, en los que se había conseguido el incremento salarial de un 20%. Una negociación que el gobierno desautorizó, fijando el incremento en sólo un 11%. Este hecho produjo una gran tensión dentro de la colonia, hasta que en el mes de agosto el obrero Manuel Ruiz fue despedido, hecho que marcó el inicio del conflicto abierto a través de la huelga, que rápidamente recibió la respuesta violenta de la policía^[31].

La huelga de SAFA se saldó con dieciséis despidos, algunos de los cuales eran militantes comunistas y la mayoría miembros de la Comisión Obrera de la fábrica. La dirección nacional del PSUC no había con-

seguido que la organización gerundense levantara cabeza y el movimiento antifranquista en la ciudad estaba claramente estancado. La dirección no podía permitirse tal desajuste en una ciudad donde existían las condiciones para desarrollar un potente movimiento de oposición y reclamaba «utilizar todas las vías que nos sean posibles» para reconducir la situación de crisis por la que atravesaban los comunistas gerundenses^[32]. Comenzaba la «Operación Girona». Sin dilación, el partido envió allí a algunos de los despedidos de SAFA con la finalidad de reorganizar el PSUC y dinamizar el movimiento obrero. Miguel Agúdez era uno de ellos y recuerda que le dijeron: «os vais a encargar de la construcción. Olvidaros ahora del tema de SAFA [...] Blanes interesa pero interesa la provincia»^[33].

De ese modo comenzaron a tejerse los núcleos existentes en las comarcas de Girona: Figueres, Baix Empordà, Sant Feliu de Guíxols, La Bisbal, también en Anglès, la Garrotxa y Lloret de Mar. En Girona, contrariamente, tardarían en levantar cabeza. Para agudizar la difícil situación que atravesaban, los comunistas recibieron como un jarro de agua fría el nombramiento del anticomunista Josep Pallach como profesor en un instituto de segunda enseñanza de Girona^[34]. Temían que Pallach consiguiera articular un núcleo opositor en torno a su figura con un contenido político catalanista de izquierdas y de un fuerte anticomunismo. Finalmente, el temor se demostró infundado y la situación en Girona se fue solucionando parcialmente con la autoexclusión de los responsables locales y la reorganización del comité local.

29.- Josep Serradell, «Carta de Miró», 24 de enero de 1970, NR, Catalunya, c. 59, cp. 3, AHPCE.

30.- Cipriano García, «Carta de Blas», 16 de febrero de 1970, NR, Catalunya, c. 59, cp. 1, AHPCE.

31.- Para un breve seguimiento de la huelga en SAFA cfr. Francisco Martínez, «El naixement del sindicalisme a la SAFA de Blanes», *Revista de Girona*, 182 (1997).

32.- Josep Pardell, «Carta de Serós», 25 de septiembre de 1970, NR, Catalunya, c. 59, cp. 2, AHPCE.

33.- Entrevista a Miguel Agúdez (PSUC), Banc Audiovisual de Testimonis (BAT), cinta 243, Memorial Democràtic (MD).

34.- Josep Pardell, «Carta de Serós», 25 de septiembre de 1970, NR, Catalunya, c. 59, cp. 2, AHPCE.

Si bien la recuperación del PSUC gerundense fue modesta, en comparación con otras organizaciones, dos años después contaba con una base sólida de treinta y nueve miembros que, juntamente con Casà de la Selva, Salt, Banyoles y Riudellots, sumaban setenta y ocho militantes controlados por el comité local de Girona. Pese a todo, sin duda Girona era la organización local más retrasada de toda Catalunya, pues ni siquiera había conseguido impulsar un núcleo de la JCC en 1973 y el movimiento obrero era todavía muy débil^[35].

A partir de aquellas fechas la fisonomía del antifranquismo iría cambiando al ritmo que también lo hacía la sociedad gerundense. La progresiva apertura de centros de enseñanza vinculados a la Universidad Autónoma de Barcelona facilitaría el surgimiento de un movimiento estudiantil y, especialmente, de profesores no numerarios, que fueron los que mayoritariamente cubrían las vacantes en los nuevos centros. Si bien Girona estuvo lejos de presentar la conflictividad estudiantil que aquel mismo proceso de descentralización universitaria estaba produciendo en Lleida y en Tarragona, la aparición de activistas jóvenes dispuestos a movilizarse dinamizó la vida política de la oposición en Girona, que eclosionaría con fuerza finalmente en 1976^[36].

1970: nueva fase y gran salto cualitativo

Pese a todas las dificultades que sin duda había, en el pleno del comité ejecutivo del PSUC de 1970 Pardell se mostraba opti-

mista. Según la línea oficial del PCE y del PSUC, el estado de excepción confirmaba la política de masas del partido. Aducían que ello inauguraba una situación más favorable para la ruptura o que, como mínimo, se había decantado la relación de fuerzas hacia los posicionamientos rupturistas. En tal situación, Pardell apostaba por reforzar el partido en las comarcas a través de movilizaciones por la amnistía, como las celebradas en diversas poblaciones catalanas, muy especialmente en Lleida^[37]. Apuntaba, sin embargo, la perentoriedad de encontrar formas de organización más adecuadas a las necesidades de los comunistas en las comarcas. A pesar de las limitaciones que se expondrán más adelante, el estado de la organización en las comarcas era excelente: unos mil seiscientos militantes, veinticinco comités locales con vida regular conformados, presencia comunista en ciento cincuenta pueblos, de los cuales sesenta eran eminentemente campesinos^[38]. Las intervenciones de Gregorio López Raimundo y Gabriel Arrom también giraron en torno a la exigencia de dotar de mayor autonomía a las organizaciones locales y comités de zona del partido y Josep Serradell propuso estructurar las formas de dirección orgánica del partido a nivel de base^[39].

Empezó entonces un dilatado proceso de «territorialización» del partido. Una de las formas que tomó fueron las Comisiones de Pueblos. En 1970 se constituyó una en Tortosa, la cual hacía las funciones de comité comarcal de la zona del Baix Ebre-Montsià, a la que más tarde se le añadiría también la

35.- Josep Roure (Josep Pardell), «Algunes Informacions de les Organitzacions del Partit a Comarques», abril de 1973, NR, Catalunya, c. 63, cp. 1/1, AHPCE.

36.- Se da buena cuenta de ello en la «Memoria del Gobierno Civil de Gerona de 1976», 1977, Ministerio de Gobernación, c. 32/11454, exp. 5, Archivo General de la Administración (AGA).

37.- Anonieta Jarne y Pau Juvillà, *El PSUC a les terres de Lleida, 1936-1986*, Lleida, Pagès, 2014, pp. 110-113.

38.- Intervención de «Serós» en el Pleno del Comité Ejecutivo del PSUC (notas manuscritas), 3 de enero de 1970, NR, Catalunya, c. 51, cp. 1, AHPCE.

39.- Intervenciones de «GLR», «Aribau» y «Román» en el Pleno del Comité Ejecutivo del PSUC (notas manuscritas), 3 de enero de 1970, NR, Catalunya, c. 51, cp. 1, AHPCE.



Asamblea en la iglesia de Sant Josep (L'Hospitalet de Llobregat, Barcelona), en la que la CONC se constituye como sindicato. Puede verse a Agustí Prats, Francisco Frutos, Jose Luis López Bulla, Nicolás Sartorius, Francisco Rodríguez, Josep Tablada, Cipriano García, Josep Maria Rodríguez Rovira y Pedro León (Foto: Manel Armengol, fuente flickr).

Terra Alta. En inicio esta Comisión agrupaba las organizaciones de Tortosa, Amposta, la Ràpita y la Sénia^[40]. Este tipo de organizaciones de pueblos se aplicó por primera vez en Lleida. A finales de los sesenta la Comisión de Pueblos de las tierras de Lleida estaba formada por las organizaciones de Balaguer, Bellvís, Ponts y Pobla de Segur, bajo la dirección de un miembro del comité local de Lleida. Pero la presencia del PSUC no se circunscribía a estos municipios, pues contaban con ciento treinta militantes repartidos en treinta y ocho pueblos, de los cuales estaban controlados de manera colectiva por la Comisión de Pueblos.

Durante la campaña de reclutamiento de 1969-1970, la llamada Promoción Lenin con motivo del centenario del natalicio del revolucionario ruso, fueron más de un centenar de nuevos militantes los que se incorporaron a las organizaciones del PSUC en

comarcas^[41]. Si bien carecemos de números precisos sobre la militancia total en aquel período, los nuevos ingresos nos indican una tendencia de fondo en la que tres de cada cuatro nuevos ingresos se producían en organizaciones de la Gran Barcelona. Quizá parece poco, pero era la misma proporción que los habitantes en Catalunya, según datos estadísticos de 1970, cuando sólo uno de cada cuatro catalanes residía fuera de la Gran Barcelona. Sin embargo, el auge de la movilización se dejó sentir con fuerza y, para 1973, comarcas incorporaba ya al 43% de los nuevos afiliados, mientras la tendencia poblacional seguía siendo parecida^[42]. Esto significó un salto espectacular para muchas organizaciones en las comarcas.

40.- Josep Pardell, «Carta de Serós», octubre de 1970, NR, Catalunya, j. 2100, AHPCE.

41.- «La campanya per un Partit més fort i arrelat a les masses i el treball d'organització», 1970, Fondo PSUC, n. 407, c. 15, Arxiu Nacional de Catalunya (ANC).

42.- Josep Román (Josep Serradell), «Algunos problemas del trabajo de organización. Modificaciones a los Estatutos», III Congreso del PSUC, enero de 1973, p. 9, NR, Catalunya, c. 62, cp. 6/3, AHPCE.

Como se ha mencionado, el nuevo salto adelante se produjo a raíz de las movilizaciones contra el Juicio de Burgos, en diciembre de 1970. En Reus, la concentración de varios centenares de antifranquistas en la plaza Prim en protesta contra la posible ejecución de los militantes de ETA contribuyó a recuperar la vida política del partido. La concentración había sido impulsada por una plataforma unitaria de ámbito local —la Aliança Democràtica de Reus— que aglutinaba a comunistas, socialistas, demócrata-cristianos, republicanos y nacionalistas de izquierdas. Esta «experiencia les ha sido muy útil y creo que sabrán aprovecharla para extender y desarrollar su actividad política»^[43]. Pero una nueva crisis estalló en la capital del Baix Camp después que la responsable local del PSUC, Isabel Llácer, fuese detenida en febrero de 1971, no mucho tiempo después de que también fueran arrestados militantes del MSC y del PSOE en la ciudad^[44]. Las detenciones de diversos dirigentes de la JCC reusense, además, truncaron el desarrollo de la organización juvenil, que no empezaría a recuperarse hasta 1974^[45].

Pese a todo, el cambio cualitativo que se estaba produciendo a nivel catalán no era el haber fortalecido a ciertos sectores estratégicos en la lucha contra la dictadura, sino el de haber contribuido a tejer un denso entramado social sobre el que se sustentaría el mismo antifranquismo. En los años siguientes, el fortalecimiento del PSUC en Tarragona y sus comarcas se produciría a través de la labor desarrollada durante los años anteriores por la JCC. Esta fue adquiriendo un creciente prestigio entre la ju-

ventud de la ciudad y de más allá a través de sus actividades lúdicas. Fue a partir de la JCC que muchos jóvenes campesinos o hijos de campesinos acabaron accediendo al partido y que se consolidaron los núcleos de CCPP en el Camp de Tarragona. A partir de 1974-1975 estas comisiones locales de campesinos serían las impulsoras de la Unió de Pagesos —que adquiriría una fuerza inusitada en el campo catalán en los años siguientes—, cuya presentación pública se realizó en una fiesta de la JCC en Montblanc, en agosto de 1975^[46]. También las organizaciones locales de la Assembla de Catalunya proliferaron en diversas poblaciones del Baix i del Alt Camp, la Conca de Barberà y del Tarragonès a través de militantes de la JCC en aquellos municipios^[47].

La clave del crecimiento de las organizaciones comunistas, que nos sirve también para comprender el alcance del antifranquismo en su conjunto, son los cambios moleculares que operaron en el seno de la sociedad civil. Las movilizaciones de bachilleres a partir de 1972 tomaron una fuerza importante en todo el territorio catalán, contribuyendo decisivamente a que la conflictividad estudiantil se extendiese más allá de los campus universitarios. Las ciudades de Tarragona y Lleida son un buen ejemplo al respecto. Incluso lo es el caso de Girona, donde a pesar del retraso en que se encontraba, contaba con dos profesoras de enseñanza media en el comité local. Igualmente, la recién inaugurada delegación universitaria había empezado a presentar algunos conflictos en la ciudad^[48]. Pero también se sucedían cambios en otros centros de menor envergadura como Tortosa,

43.– Josep Salas, «Carta de Fortuny», 23 de enero de 1971, NR, Catalunya, c. 59, cp. 3, AHPCE.

44.– Pedro A. Heras, *La oposición al franquismo en las comarcas de Tarragona*, Tarragona, Mèdol, 1991, p. 59.

45.– Cristian Ferrer González, «Bastint l'antifranquisme de masses...», pp. 174-175. Entrevista a Miguel Giribets Martínez (JCC), 21/2/2017.

46.– Entrevistas a Andreu Mayayo i Artal (JCC), 6/9/2016 y a Matías Vives March (PSUC), 10/2/2017.

47.– Cristian Ferrer González, «Bastint l'antifranquisme de masses...», pp. 188 y ss.

48.– «Memoria de Gestión de Gobiernos Civiles del año 1971», Girona, 1972, Gobernación, c. 52/508, AGA.

donde la presencia de los profesores comunistas Frederic Mauri y Fernando Torres en el principal instituto de la región del Ebro contribuyó a ampliar los límites del antifranquismo, incorporando a jóvenes ajenos a una tradición política determinada, algunos de los cuales acabarían incorporándose al partido u otras formaciones políticas distintas^[49].

En Lleida, las movilizaciones contra el Juicio de Burgos constituyen también una buena muestra de los cambios moleculares producidos en el antifranquismo. La razón era que aquella movilización potenció la unidad antifranquista en una zona donde los grupos ferozmente anticomunistas de izquierda socialdemócrata tenían una considerable base militante. Eran los grupos articulados en torno a las figuras de Josep Pallach y Joaquim Arana, cuya capacidad efectiva para establecer un cordón sanitario alrededor del PSUC lo había aislado exitosamente del resto de la oposición —a excepción del FNC y de los católicos de la HOAC, cuya relación fue básicamente de colaboración. La movilización conjunta no significaba todavía que ninguna de las desconfianzas esgrimidas por los socialdemócratas se hubiera superado, sino que se habían iniciado los primeros contactos y, aquello, para una organización que en la práctica se hallaba casi sola en su confrontación contra el franquismo, ya era mucho^[50].

Por otro lado, el PSUC había dejado claro que cualquier movilización contra la dictadura debía contar con ellos y, a la vez, que, a pesar de la represión padecida —pues siete de los principales dirigentes del partido en las comarcas de Lleida habían sido detenidos por la policía— tenía capacidad

para continuar una vida política activa^[51]. A pesar de todo ello, existían también problemas de índole interno, pues la composición eminentemente obrera del partido en Lleida ocasionaba que algunos de sus dirigentes desatendieran las obligaciones partidarias por la intensidad de sus «jornadas de trabajo de 14 y más horas diarias»^[52].

La multiplicación de los espacios de oposición

Las movilizaciones contra el Juicio de Burgos no sólo habían marcado un antes y un después en relación a la unidad de acción, sino también en términos de disputa del espacio público. Las manifestaciones y las cargas policiales que se registraron ampliamente en el territorio catalán abrieron una nueva fase en que el antifranquismo, a medida que se dotaba de un organismo unitario, también se esforzó por demostrar capacidad de convocatoria y de movilización. Como el PSUC, las nacientes instancias unitarias consideraban la movilización como la mejor opción para hacer frente a la dictadura y presentar una alternativa viable para sustituirla^[53].

Por otro lado, el movimiento campesino que impulsaron las CCPP desde la segunda mitad de los sesenta se vio truncado tras la promulgación del estado de excepción de 1969. A inicios de los setenta el movimiento diverso que representaban las CCPP en su primera fase se fue reduciendo a la órbita comunista, si bien seguían manteniendo

49.- Cristian Ferrer González, *Lluitadors quotidians*, pp. 82-89.

50.- «Carta de Lleida», 1 de febrero de 1971, NR, Catalunya, c. 59, cp. 3, AHPCE.

51.- «Cuenta ingreso prisión siete detenidos», 15 de diciembre de 1970, Fondo del Gobierno Civil, leg. 1793, Arxiu Històric Provincial de Lleida (AHPL).

52.- Josep Pardell, «Carta de Serós, d'algunes Organitzacions del P. a Comarques», 2 de abril de 1971, NR, Catalunya, c. 59, cp. 3, AHPCE.

53.- Giaime Pala, *El PSUC*, pp. 106-108. Antoni Batista y Josep Playà Maset, *La gran conspiració. Crònica de l'Assemblea de Catalunya*, Barcelona, Empúries, 1991, pp. 115-139.

do cierto pluralismo interno gracias a que la facción liderada por Joan Reventós del MSC apostó claramente por participar en ellas^[54]. Aunque en la mayoría de territorios este hecho tenía escasa incidencia, pues la presencia del MSC era muy reducida. Pese a todo, las Comisiones como estructura orgánica continuaron existiendo, aunque empezaron a explorarse otras fórmulas de acción unitaria que eventualmente condujeran a la constitución de una única estructura orgánica del movimiento campesino.

En las zonas de mayor concentración jornalera como el Montsià o el Baix Ebre, pero también en comarcas del cinturón industrial barcelonés como el Baix Llobregat, el Maresme, el Garraf y el mismo Barcelonès, los obreros agrícolas consiguieron romper los techos salariales fijados por el gobierno. En Amposta, además, las CCPP organizaron una manifestación abierta por las calles de la capital del Montsià en abril de 1971^[55]. Sin embargo, la campaña que insufló vida al movimiento campesino en la nueva década fue el boicot contra las cuotas a la Seguridad Social Agraria. Campañas similares contra la SSA venían produciéndose desde 1968, impulsadas por CCPP pero que fueron acogidas por multitud de payeses que quedaban fuera de su estricta zona de influencia^[56]. Aquellas campañas sirvieron como aglutinante del nuevo movimiento campesino en un territorio, el catalán, donde más del 70% del campesinado estaba obligado a cotizar como grandes terratenientes. La provincia de Girona, por

poner sólo un ejemplo, contaba únicamente con 4.653 jornaleros pero sus cotizaciones a la SSA agregadas igualaban a las de Cádiz, donde había nada menos que 46.111 asalariados agrícolas^[57].

Precisamente en Girona —a pesar de la debilidad orgánica de las fuerzas antifranquistas— se abonó con fuerza el boicot. Cuando el régimen le contrapuso la represión para intentar la desmovilización de los campesinos, como había logrado en 1969, lo que obtuvo fue la solidaridad activa de poblaciones enteras. Así ocurrió en Albatarrec, donde una extensa solidaridad, así como una campaña a través de la prensa, impidió que 29 campesinos fueran detenidos y sus bienes embargados tras haberse negado a abonar los pagos de la SSA^[58]. Además, las elecciones sindicales de 1971 en muchos lugares fueron el inicio de una incorporación creciente de campesinos al movimiento antifranquista.

Era evidente que la oposición ampliaba su influencia social y territorialmente. Una influencia que incrementó exponencialmente a medida que avanzaban los años setenta. A la fundación de la Asamblea de Catalunya el 7 de noviembre de 1971 acudieron *representantes* de veinte comarcas catalanas. La escasa representatividad real de los fundadores se fue disipando a partir de 1972, cuando se dio inicio a la territorialización y a la creación de asambleas locales y, especialmente, con la profundización de dicho proceso que logró tejer la totalidad del territorio a partir de la X Permanente de 1974^[59]. Con la previsiblemente cercana muerte de Franco, se estimuló todavía más

54.- Andreu Mayayo, *De pagesos a ciutadans. Cent anys de sindicalisme i cooperativisme agrari a Catalunya, 1893-1994*, Barcelona, Afers, 1995, p. 201.

55.- Cristian Ferrer González, *Lluitadors quotidians*, pp. 74-75.

56.- El caso gallego guarda grandes similitudes con el catalán, cfr. Ana Cabana y Daniel Lanero, «Movilización social en la Galicia rural del tardofranquismo (1960-1977)», *Historia Agraria*, 48 (2009), pp. 111-132.

57.- «Extractes de documents de la Coordinadora de Comissions de Pagesos del Camp de Catalunya», s.f. [1968], Fondo PSUC, n. 1552, c. 128, ANC.

58.- «Las cuotas de la Seguridad Social Agraria», *La Vanguardia Española*, 10 de mayo de 1972.

59.- Antoni Batista y Josep Playà Maset, *La gran conspiració*, pp. 146-150.

la presencia antifranquista a nivel territorial. En el Camp de Tarragona los avances de la Asamblea de Catalunya fueron notorios, como también lo fueron los nuevos grupos locales que se incorporaban al organismo unitario. Organizaciones como el PSAN, MC o Partido Carlista se sumaron a la Asamblea de Catalunya, que entonces tenía presencia en el Baix y el Alt Camp, la Conca de Barberà, el Tarragonès, el Baix Ebre o el Montsià, entre otros. Estas asambleas locales estimulaban movilizaciones por la amnistía, como la celebrada en Valls en enero de 1976, previa a las que se celebrarían en Barcelona en febrero^[60].

La clave de todo ello era la basculación que se había producido a nivel general a favor de la oposición antifranquista. Si durante los años anteriores los comunistas habían actuado preferentemente a través de los movimientos sociales, el fracaso del estado de excepción en los términos que la dictadura lo había planteado inauguró una fase nueva. Era una fase que en las comarcas tardaría aún un tiempo en materializarse, pero no demasiado. Y este era también un hecho relevante. La hegemonía del antifranquismo no se dejaba notar solo en las grandes ciudades, sino también a lo largo y ancho de todo el territorio, tanto a través de distintas clases sociales como de grupos generacionales. Sirva de ejemplo la detención de dos estudiantes de catorce años de edad en Caseres, una población de la Terra Alta que apenas llegaba a 350 habitantes, por realizar pintadas prodemocráticas sobre el testamento político de Franco y el discurso de coronación del rey Juan Carlos I^[61].

Xavier Domènech nos ha hecho notar que en los años setenta la morfología del

antifranquismo era compleja: estaba formada por partidos, de los cuales el PSUC el principal; pero también había movimientos, cuya punta de lanza sería el obrero, pero no el único, ya que a finales de la década otros aparecerían e irían cobrando relevancia, como el vecinal, el de bachilleres o el campesino; y, muy especialmente, el antifranquismo conseguiría imbricarse en la sociedad civil a través de los órganos profesionales, las cooperativas, los grupos juveniles, etc. A pesar de su tremenda complejidad interna, la cohesión del antifranquismo venía dada desde fuera, desde su enemigo, es decir, la dictadura, que lo identificaba como a un solo mundo^[62].

Pere Ysàs ha escrito en diversas ocasiones que no es posible analizar el final de la dictadura ni valorar la hegemonía del antifranquismo sin hacerse cargo de la crisis en que el régimen se hallaba sumido desde principios de los años setenta^[63]. Esta fase de hegemonía del antifranquismo era paralela a la crisis de la dictadura. Es sabido que los proyectos de reforma del régimen, encaminados a conseguir ampliar la base social a través de la atracción de sectores *blancos* del antifranquismo, fracasó por la timidez de la misma reforma.

En el campo del antifranquismo, los espacios de disidencia incrementaron, fundamentalmente a través de las demandas de amnistía. Incluso en Girona, un territorio donde, como hemos visto, el antifranquismo se encontró con grandes dificultades para salir de sus propios círculos, se celebraron manifestaciones a favor de la am-

60.- Andreu Mayayo, *La ruptura catalana. Les eleccions del 15-J de 1977*, Barcelona, Afers, 2002, pp. 21-22.

61.- «Caseras (Tarragona): dos estudiantes detenidos por la Guardia Civil», 24 de abril de 1976, Fondo Cultura, c. 42/9112, AGA.

62.- Xavier Domènech, *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Madrid, Icaria, 2012, pp. 191-194.

63.- Pere Ysàs, «La crisis de la dictadura franquista», en Carme Molinero (ed.), *La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*, Barcelona, Península, 2006.

nistía^[64]. También en Tarragona las manifestaciones por la misma tuvieron una gran continuidad^[65]. En la ampliación de los márgenes del antifranquismo, que en gran medida el PSUC había contribuido a ensanchar, podemos encontrar un incipiente movimiento ecologista favorecido por la tentativa de trasvase del río Ebro hacia las regiones industriales de Catalunya, así como por la negativa de aquellas comarcas a que se instalasen nuevos reactores nucleares^[66]. Era un engranaje que se movía independiente pero al unísono. También CCOO hizo suyas las demandas antinucleares a través de paros y asambleas^[67].

En términos de política unitaria y de construcción de una alternativa al franquismo, el PSUC consiguió un gran hito: impulsar un sindicato campesino unitario. En noviembre de 1974 se reunieron campesinos de dieciséis comarcas catalanas en Pontons para fundar la Unió de Pagesos. Que el nuevo sindicato naciese en el Alt Penedès, una región donde el PSUC prácticamente no tenía arraigo, mientras que la mayor parte del antifranquismo con presencia allí era socialista, parece responder a un gesto de deferencia de los comunistas hacia sus socios. La delegación campesina de Lleida —que actuaba de manera autónoma desde hacía dos años— escribió al comité central del partido con un tono de claro enfado denunciando aquella reunión

como una maniobra de capitulación. Según aducían los comunistas ilderenses, el grupo socialdemócrata impulsado por Josep Pallach y Joaquim Arana, el Bloc Popular de les Terres de Lleida, en connivencia con «católicos avanzados», estaba extendiendo «una red por diferentes lugares de Catalunya para el momento de ir a unas elecciones» amparados en la ley de asociaciones de 1974. Este grupo, según el PSUC de Lleida, estaría actuando preferentemente en «el campo al ver que la penetración entre la clase obrera les era mucho más difícil»^[68]. El grupo de Lleida denunció que los comunistas estaban en minoría dentro del nuevo organismo ante los representantes del Bloc Popular y del Partido Carlista, frente a un representante del PCE(i) y otro del PSUC.

Pese a las reticencias del grupo de Lleida, la unidad sindical en el campo se consumó y la UP representó, especialmente a partir de 1976, la vertebración definitiva del antifranquismo en la Catalunya de comarcas. El PSUC se erigió en la fuerza hegemónica dentro de la UP, imponiendo parte de su discurso y sus concepciones sobre la lucha política, el trabajo de masas, la cuestión nacional, las alianzas de clase, etc. En la capital del Segrià, precisamente, el grupo campesino adquirirá un desarrollo extraordinario durante los años siguientes y, juntamente con Amposta, se convertirá en la punta de lanza del nuevo movimiento campesino^[69]. Pero no toda la conflictividad era campesina, ni siquiera la más importante. El desarrollo de CCOO en Lleida permitió el reforzamiento del partido. A inicios de los años setenta, el movimiento obrero leridano protagonizó una dura conflictividad laboral que no paró de crecer. Especialmente

64.- «Manifestación pro amnistía», 9 de enero de 1976, Cultura, c. 42/9119, AGA.

65.- «Desde el pasado martes, 20 jóvenes efectúan diariamente una sentada frente a la prisión provincial, en petición de amnistía», Cultura, c. 42/9112, AGA.

66.- Sobre el projecte de transvasament de les aigües de l'Ebre, *La Veu del Camp Català*, n. 47, s.f. [1974]; «L'Ametlla de Mar: ¡No a les nuclears!», *La Veu del Camp Català*, n. 48, s.f. [1974]; cfr. Xavier García, *La primera década de lluita antinuclear a Catalunya (1970-1980)*, Torrotja del Priorat, CCR la Unió, 2008.

67.- «Paros laborales», 6 de febrero de 1976, Cultura, c. 42/9112, AGA.

68.- «Informe de una reunión de campesinos de diversas comarcas de Cataluña», [noviembre] 1974, NR, Catalunya, j. 2633, AHPCE.

69.- Cristian Ferrer González, *Lluitadors quotidians*, pp. 112-123.



Primera fiesta legal del PSUC, celebrada el 8 de mayo (había sido legalizado el día 2) de 1977 en el Camping La Tortuga Liger, en Gavà, Barcelona (Foto: Manel Armengol, fuente: flickr).

combativos fueron los obreros de la construcción^[70]. Pero no solamente. A medida que avanzaban los años setenta irrumpieron nuevas formas de protesta muy vinculadas con el movimiento obrero, pero que encontraban apoyo más allá de la clase trabajadora, como el caso del movimiento vecinal^[71].

Por otro lado, la conflictividad laboral en Tarragona llegó a alcanzar grandes dimensiones, siendo también el de la construcción uno de los sectores más movilizados. El gran resultado de CCOO en las elecciones sindicales de mayo de 1975, la prolife-

ración de asambleas obreras en los lugares de trabajo y el incremento de participantes en aquellas que se estaban produciendo en los locales sindicales, supusieron un gran salto adelante en el movimiento obrero tarraconense, que repercutió en el de toda la provincia. Entre enero y febrero de 1976 —el momento del «pulso» de la calle— se produjeron diversas huelgas en la construcción que, en cierto modo, se convirtieron en un ensayo de huelga general a nivel local. Pese a no estarse negociando los convenios, CCOO impulsó la acción en Tarragona con el fin de coordinarlas con las del Baix Llobregat. Sesenta y siete empresas y más de 3.500 trabajadores participaron en ellas. Tras una irregular vuelta al trabajo, la huelga se reanudó y se extendió por todo el Camp de Tarragona, llegando a implicar a más de 6.000 trabajadores^[72].

70.- Buena muestra de la conflictividad de la construcción en Lleida queda patente en la correspondencia mantenida entre el delegado provincial de la Organización Sindical Española, Guillermo Blanco, y el Ministro-Secretario General de la OSE, Rodolfo Martín Villa, conservadas en el Fondo OSE, Secretaría General, c. 6540, cp. 3473, AGA.

71.- Antonieta Jarne, *L'oposició al franquisme a Lleida*, Lleida, Pagès, 1998, pp. 287-294.

72.- José Fernando Mota Muñoz, «Mis manos, mi capital».

La conflictividad abierta no se circunscribió tan sólo al movimiento obrero, a las barriadas o a los estudiantes, sino que llegó también, como se ha apuntado, a los campesinos, que empezaron a ser capaces de realizar demostraciones públicas de envergadura. A inicio de 1976 la mayoría de payeses y ganaderos estaban sujetos a convenios colectivos caducos. Se esperaba que el gobierno decretase la regulación de precios de campaña para diversos productos agrarios y que permitiese llegar a unos precios mínimos que garantizaran a los campesinos poder seguir viviendo de la tierra. Tras multitudinarias asambleas en las Cámaras Oficiales Sindicales Agrarias de ámbito provincial, se decidió convocar una manifestación en Tarragona y en Lleida para mayo de 1976. Los días previos, tres campesinos de la UP fueron detenidos en las Borges Blanques y la convocatoria tomó un gran impulso y las manifestaciones reunieron a más de 25.000 campesinos^[73].

Consideraciones finales

En definitiva, como se ha apuntado, durante los últimos quince años de dictadura el PSUC se vio en condiciones de impulsar y liderar un amplio movimiento para acabar con ella más allá del epicentro fundamental de movilización en Catalunya: el área industrial barcelonesa. Las dimensiones de ese movimiento han ocultado a menudo la relevancia que tuvo la extensa movilización antifranquista más allá de la Gran Barcelona. La voluntad del PSUC por galvanizar los movimientos de protesta en los ámbitos comarcales —que gracias a la actuación de los nuevos movimientos sociales, en gran parte impulsados por los comunistas, en-

contraban cada vez mayores espacios para expresar su desafección— le llevó a realizar un esfuerzo considerable para extender su influencia y ampliar su capacidad movilizadora mucho más allá de los territorios donde ya eran hegemónicos. Actuaciones hacia el campesinado, los obreros de la construcción o trabajadores de pequeñas industrias, que habían sido mera retórica hasta entonces, comenzaron a centrar los debates y las actuaciones del PSUC en las comarcas.

Los comunistas catalanes comprendieron que era imprescindible la participación activa de sus militantes en las comarcas: el estallido de conflictos sobre la tenencia de la tierra, las huelgas que se estaban produciendo en territorios de reciente industrialización, las protestas vecinales en las barriadas de algunas ciudades de cierta importancia, la extensión de actos en solidaridad con los trabajadores reprimidos en todo el Estado, los impagos a las contribuciones rústicas por parte de payeses de buena parte de Catalunya, la proliferación de «candidaturas democráticas» a las elecciones sindicales de las Hermandades de Labradores y Ganaderos a partir de 1966, eran, entre otros, algunos de los motivos que justificaban aquella necesidad.

De la misma manera que se había comprobado que en los ámbitos metropolitanos los comunistas habían conseguido ampliar su influencia a través del nuevo movimiento obrero, se entendía que en la Catalunya rural era necesario construir un «nuevo movimiento campesino» a imagen y semejanza del que emergió junto al movimiento de CCOO. Es decir: como ámbito sociopolítico que sobrepasara los entornos laborales. A través de la actuación de militantes del PSUC dentro de las hermandades, cooperativas, cámaras agrarias y más allá, la constitución de Comisiones (de Payeses y Jornaleros, de Obreros del Campo, Mixtas de Obreros y Campesinos, Cívicas o Juveni-

Els treballadors de la construcció, les CCOO i l'organització de la protesta a la Gran Barcelona (1964-1981), Barcelona, Germania, 2010, pp. 90 y 103.

73.- Cristian Ferrer González, *Lluitadors quotidians*, pp. 93-96.

les) devino una de las principales tareas de los militantes comunistas en las comarcas.

La necesidad de ir más allá de ellos mismos fue una constante en el PSUC durante el tardofranquismo. Los esfuerzos por no erigirse solamente como el partido de los comunistas en Catalunya, sino de convertirse en el partido nacional de las clases populares, llevó al PSUC a una amplia política de alianzas que, si bien no tendría una plasmación específica en el ámbito estudiado, sí que le llevaron a afrontar unas dificultades mayores para su realización, en comparación con los entornos metropolitanos. La animadversión hacia los comunistas de los

escasos pero influyentes grupos provenientes de los entornos profesionales de gran prestigio social ocasionó que éstos —generalmente personalidades de adscripción nacionalista, socialdemócrata o democatristiana— no siempre se sumaran a los ámbitos de actuación propiciados por los comunistas y que creasen otros propios. Superar aquellos hándicaps y crear amplios espacios de confluencia para acabar con la dictadura, así como no abdicar en su voluntad por incrementar la movilización social y hegemonizar los movimientos de protesta, devino el quehacer cotidiano de los militantes del PSUC en las comarcas.